Cuatro visiones de Haití

Fernando Cordobés

DURANTE MÁS DE UN SIGLO, EN LA ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA TAMBIÉN SE CONOCÍA AL CONTINENTE COMO LA CUARTA PARS. ESTA CUARTA PARS PRETENDE SER UNA MIRADA A TODOS ESOS PAÍSES AMERICANOS QUE PARECEN NO EXISTIR. PAÍSES NO HISPANOHABLANTES NI LUSOPARLANTES, PARTE INSEPARABLE DE LA REALIDAD AMERICANA, QUE A PESAR DE SU TAMAÑO Y SU POCA RELEVANCIA EN EL PLANO MUNDIAL, YA HAN DADO DOS PREMIOS NOBEL. ES EL CASO DE SANTA LUCÍA Y DEREK WALCOTT, Y VIDIADHAR SURAJPRASAD NAIPAUL, NACIDO EN PUERTO ESPAÑA, TRINIDAD. EN ESTA OCASIÓN EL DESTINO ES HAITÍ, PRIMERA NACIÓN NEGRA INDEPENDIENTE DEL MUNDO Y CON UNA LITERATURA TAN RICA COMO DESCONOCIDA.

La pregunta debería ser: ¿qué ocurre en Haití, primera nación negra independiente del mundo, para que se de esa sucesión de desgracias, de intentos fallidos, de gobiernos corruptos y sanguinarios? ¿Quién alzó la voz contra la tiranía? ¿Qué influencia han ejercido sus autores sobre una de las sociedades más empobrecidas del planeta? El historiador y especialista en Haití, Christophe Wargny, comienza su ensayo *Haïti n'existe pas* (Haití no existe) con la siguiente reflexión:

> «Liberada en 1804, la hija no deseada de la Revolución francesa fue inscrita en los registros. Reconocida en derecho. Desconocida de hecho. Olvidada. Ignorada. O bajo tutela. ¿Quién se jactaría de semejante hijo? Ni Juan Pablo II, ni los otros –los

jefes de estado herederos, más o menos dignos, de los inventores de los derechos del hombre– participaron en su bicentenario. Circunstancia atenuante: ¿cómo colocar en la agenda el aniversario de un nacimiento olvidado? ¿Qué fiesta cuando no hay nada que festejar? En todo caso, nada que valga la pena ni para el pueblo apagado de las «bidonvilles», ni para los grandes de este mundo. Por una vez unidos. En el silencio».

Más allá de esa visón desesperanzada, más allá incluso del reflejo catastrófico que recibimos de tanto en cuanto de la isla, lo cierto es que en el país han existido intentos de cambio, más bien personalidades que lucharon por una mejora, incluso entregando su propia vida en el esfuerzo. Tal peso ha tenido siempre la realidad haitiana, que resulta imposible desligar la creación literaria de lo que sucedía en las calles. Jacques Roumain, Jacques Stephen Alexis y René Depestre, están considerados como los grandes autores de la segunda mitad del siglo XX. Sin olvidar otros nombres destacados, como los de Roger Dorsinville, Jean Metellus, Yanick Lahens, Frankétiene o Gary Víktor, por citar sólo algunos, lo cierto es que las novelas de los tres primeros se desarrollan en momentos históricos muy concretos en los que Haití se jugaba su futuro, justo antes de la llegada al poder de *Papa Doc*, François Duvalier, que significó el triunfo de la demencia, una ruptura absoluta con cualquier posibilidad de cambio y el exilio de la inteligencia. Pero en referencia a los autores con una influencia sobre la letras haitianas, no conviene pasar por alto un caso especial, el de Alejo Carpentier y su novela *El reino de este mundo*, ambientada en la época de la liberación de Haití. Carpentier ejerció su maestría sobre los jóvenes autores y promovió una idea amplia de la realidad del Caribe que iba más allá de las barreras lingüísticas, barreras, por otra parte, traspasadas habitualmente por la parte haitana, donde el español tiene una presencia más que destacada.

En realidad se puede decir sin temor a exagerar demasiado que toda esta historia comienza en el golfo de Guinea, en las costas del continente africano. Allí se embarcó a la fuerza durante cientos de años, a miles de seres humanos convertidos en esclavos con un nuevo destino: América. Transplantados quirúrgicamente (valga el símil) de su realidad, de sus creencias y percepción de la vida a

un nuevo mundo que para ellos, desde luego, no representó la misma idea de libertad, progreso y oportunidades que para sus amos blancos, los esclavos negros de África desarrollaron en esa tierra nueva una cultura particular marcada por la pérdida de su identidad, de su lengua y de una parte significativa de su historia.

En la pequeña ciudad de Ouidah, en la costa de Benin, antiguo reino de Dahomey, se erigió hace unos años en memoria de aquel ominoso comercio el árbol de olvido: una escultura que representa el árbol alrededor del cual giraban los esclavos un número determinado de veces para perder su memoria, su vínculo con la tierra de la que se les extirpaba. Una ceremonia de tintes iniciáticos tomada de los rituales vudú, cuyo objetivo era domar la mercancía y convertirla en obediente rebaño listo para el trabajo, la sumisión y, de paso, lo que hiciera falta. Pero aquella macabra ceremonia no dio el resultado esperado. En el Caribe, donde era imprescindible mano de obra barata para las prósperas plantaciones de azúcar, floreció esa identidad supuestamente perdida. Mezclada con la cultura occidental, con la fe cristiana y con una nueva lengua, dio lugar a las culturas criollas que más tarde o más temprano buscarían su propia expresión y liberación.

El caso más significativo, sin duda, y al tiempo uno de los más trágicos es el de Haití. Significativo por lo prematuro y trágico por la sucesión de fracasos. Contagiados por las ideas revolucionarias de la metrópoli, por los ideales de la Declaración de los Derechos del Hombre, la clase media haitiana, compuesta básicamente de mulatos, decidió que era el momento de liberarse del yugo francés y poner en práctica aquellas ideas llegadas del otro lado del océano, que tantos beneficios, y no sólo espirituales, les reportarían. En *El reino de este mundo*, Alejo Carpentier apunta este cambio de actitud y mentalidad en la escena en la que el esclavo protagonista «Ti Noel fue atraído (...) por un grabado en cobre, último de la serie, que se diferenciaba de los demás por el asunto y la ejecución. Representaba algo así como un almirante o un embajador francés, recibido por un negro rodeado de plumas y sentado sobre un trono adornado de figuras de monos y lagartos. –¿Qué gente es ésta?– preguntó atrevidamente al librero (...) –Ese es un rey de tu país– No hubiera sido necesaria la confirmación de lo que ya pensaba» (...)

Los jacobinos negros, protagonizaron la primera revolución de esclavos del Caribe y, por tanto, del mundo. Primero la revuelta de Boukman (1791) contra los colonos, después la abolición de la esclavitud por parte de la Convención (1793-1794) y seguido el efímero mandato de Toussaint Louverture, asesinado por un Napoleón ansioso de retomar el dominio francés y los beneficios económicos de la antigua Santo Domingo. Aquel golpe de mano imperial pareció terminar con el sueño de libertad. Pero no fue así. En 1804 Haití logró su independencia convirtiéndose en la primera nación negra libre del mundo, e iniciando una carrera imparable que concluiría años más tarde con la descolonización. Un mal ejemplo el de aquellos caribeños para los intereses de muchos países. O un ejemplo perfecto para aquellos que buscaban su libertad. El teórico argelino Frantz Fanon tomó prestada de uno de los ilustres hijos de la libertad haitiana, Jacques Roumain, la expresión «los condenados de la tierra» para titular su célebre libro contra el colonialismo, convertido durante las décadas de los 60 y 70 en una referencia imprescindible para la izquierda europea, principalmente la francesa.

Fue según la leyenda, una ceremonia vudú celebrada en Bois-Caïman, el inició de la lucha por la independencia. Esta historia constituye el mito fundador de la nación. Aquellos revolucionarios que lucharon a muerte contra la tiranía, han inspirado desde entonces el orgullo y el espíritu de sus compatriotas. La epopeya de Louverture juega al tiempo un papel como mito fundacional de la nación y de catarsis en el proceso de toma de conciencia nacional. Pero Louverture, el liberador de los esclavos y primer gobernador general vitalicio de la nueva república, representa también el primer fracaso al caer en la trampa urdida por el general Leclerc, cuñado de Napoleón. Hecho prisionero y enviado a Francia, murió en unas circunstancias horrendas tras los muros de la prisión del Fort de Joux.

Otro párrafo de *El reino de este mundo* hace referencia a este hecho histórico y al tiempo ofrece una interpretación tan subjetiva como sugerente de los detalles de la vida de Paulina Bonaparte en la isla. A punto de volver a Francia, la esposa del agonizante Leclerc es seducida por los encantos muy poco racionales, pero muy turbadores y ancestrales del esclavo Suleiman, cayendo en

las redes de un caribe en el que la lógica cartesiana no encuentra fácil acomodo.

En 1943 cuando Alejo Carpentier realizó un viaje por Haití junto a su amigo Louis Jouvet, encontró en todo este sustrato histórico el material necesario para dar origen a la novela. El germen existencial de Haití está sugerido en escenas como la del esclavo mandinga MacKandal, que representa esa fuerza negra indomable necesitada de libertad y dotada de conciencia y memoria africanas. Es el heredero espiritual del gran rey Kanko Moussa, del imperio Mande, de esa gran historia africana despreciada por los colonizadores, que encuentra una vía de escape en la isla caribeña. Cuando el esclavo huye alguien dice: «...además, todo mandinga –era cosa sabida– oculta un cimarrón en potencia. Decir mandinga, era decir díscolo, revoltoso, demonio. Por eso los de su reino se cotizaban tan mal en los mercados de los negros. Todos soñaban con el salto al monte...»

Esa idealización del esclavo irredento, orgulloso y digno tiene su contrapartida en la novela en el personaje histórico de Henri Cristophe, cocinero de profesión y a la sazón coronado Enrique I, rey de Haití. Desde muy pronto la historia del país se vio sacudida por auténticos brotes psicóticos que, como en el caso de Henri Cristophe, dejaron su huella indeleble, en este caso en la fortaleza de la Ferriere, auténtico monumento al absurdo. La ilusión de libertad e igualitarismo que representó el nacimiento de una nación de esclavos, pronto se trunca y se convierte en pesadilla. La vida de Ti Noel, el protagonista, pasa con más pena que gloria y asiste a una degradación progresiva de las condiciones materiales del país. Así lo asegura cuando dice: «...había una infinita miseria en lo de verse apaleado por un negro, tan negro como uno, tan belfudo y pelicrespo, tan narizñato como uno; tan igual, tan mal nacido, tan marcado a hierro, posiblemente, como uno. Era como si en una misma casa los hijos pegaran a los padres, el nieto a la abuela, las nueras a la madre que cocinaba...»

Pero como si siguiera la lógica del refrán árabe que asegura que cuando Alá cierra una puerta, abre una ventana, Carpentier concluye su obra con una reflexión cargada de esperanza a pesar de tan malograda historia y de un presente tan oscuro: «...Pero la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que

es. En ponerse tareas. En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar, puesto que allá todo es jerarquía establecida, incógnita despejada, existir sin término, imposibilidad de sacrificio, reposo y deleite. Por ello, agobiado de penas y de tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el Reino de este Mundo.»

LA FORMACIÓN LITERARIA DE HAITÍ

Tras la independencia emergieron dos culturas en Haití como resultado de la evolución histórica: una intelectual urbana asociada a una elite de formación francesa, y otra de tradición oral básicamente rural y asociada a una población cuya lengua común era el kreyól. A pesar de la constante inestabilidad política del país, los haitianos cultivados se entregaron desde muy pronto a la actividad literaria. Los primeros escritos estaban influidos por el concepto francés de valores universales, pero pronto se empezó a construir una literatura nacional distintiva, que pretendía mostrar la originalidad de la identidad haitiana y su historia. Los poetas Emile e Ignace Nau, los hermanos Ardouin y más tarde Oswald Durand y Masillon Coicou, que formaron parte de movimiento patriótico, intentaron incorporar a los haitianos a los ideales de la independencia y a obtener el reconocimiento de un mundo generalmente hostil. La puesta en valor de la lengua kreyól, gracias a autores como Oswald Durand, que escribió en esta lengua su celebre poema «Choucoune»(1860), y Georges Sylvain quien tradujo las fábulas de La Fontaine bajo en título de «Cric Crac», (en la tradición oral del país el narrador empieza siempre con un «cric», al que el público responde automáticamente con un «crac»), abrió el camino de la reivindicación y de la búsqueda de una voz propia.

Hubo que esperar hasta los años 20 del pasado siglo para que el kreyól se transformara de hecho en lengua literaria. Esto dio lugar al grupo de los llamados indigenistas: nacionalistas que reaccionaron contra el elitismo francés de las generaciones anteriores, así como a la violencia y ocupación de su país por parte de Esta-

dos Unidos. Los intelectuales haitianos se unieron en nombre de la nación y de la raza. Pusieron en valor la riqueza de su cultura, sobre todo su pasado africano. Algunos de estos autores se reunieron en torno a las revistas *La Nouvelle Ronde* (1925) *La Trouée* (1927) y *La Revue Indigène* (1927-1928) y entre ellos cabe destacar a Jacques Roumain, Carl Brouard, Emile Roumer y Philippe Thoby-Marcellin. Buscaban la autenticidad cultural de Haití y estuvieron muy influenciados por el etnólogo Jean Price-Mars, que en su ensayo *Ainsi parla l'oncle (Así habló el tío)* de 1928, criticaba una excesiva admiración de la elite por el espíritu francés. Price-Mars tomo partido, además, por la defensa de la cultura campesina haitiana, de su lengua, de su religión, reconociendo la dimensión imprescindible de la herencia africana. De aquí surgiría el movimiento ideológico llamado *noirisme* (distinto a la Negritud que llegaría después) que preconizaba una política de autenticidad racial, es decir: el reconocimiento de la esencia negra de Haití. Fue el periódico *Les Griots* (1938–1940) creado con la colaboración de François Duvalier, etnólogo de formación, quien propagó las ideas del *noirisme,* que más adelante se transformaría en ideología oficial bajo el régimen del propio Duvalier y en una perversión según René Depestre: una especie de racismo a la inversa: una aberración ideológica.

Fue durante los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial cuando Haití conoció un periodo de actividad intelectual muy intenso, principalmente debido a la influencia de Jacques Roumain y de movimientos como el de la *Negritud* (distinto al *noirisme* referido anteriormente) y al Surrealismo. El martiniqués Aimé Cesaire, y el senegalés Leopold Sedar Senghor, por la parte de la negritud, y André Breton, por la del Surrealismo, así como los artistas cubanos Wilfredo Lam, Nicolás Guillén y Alejo Carpentier, dieron a las artes y las letras haitianas una vitalidad y una esperanza que el país nunca antes había conocido. René Depestre y Jacques Stepehen Alexis, co-fundadores de la revista militante *La Ruche*, La Ronda (1945), fueron los intelectuales más destacados de esta generación. Los dos, idealistas revolucionarios muy influidos por el surrealismo, se comprometieron con una política radical de resistencia: Alexis aplicando las tesis marxistas a la situación deplorable de los campesinos y de los refugiados en las

ciudades, mientras que Depestre promovía una revuelta que finalmente concluyó el exilio. Este periodo tan fértil de la cultura en Haití sucumbió en el momento en que François Duvalier llegó al poder. Durante un corto periodo algunos autores sobrevivieron en las páginas de la revista *Haití Littéraire*, donde poetas como Anthony Phelps y René Philoctète, sostuvieron esos grandes ideales humanistas de la literatura haitiana. Pero pronto fueron sometidos al silencio. Jacques Stephen Alexis desaparecido – asesinado por los temibles Tonton Macoute, la milicia de Duvalier, mientras que otros como Anthony Phelps, René Depestre, Gérard Etienne, Jean Métellus, Emile Ollivier, escaparon al extranjero huyendo del reino del terror.

JACQUES RUMAIN Y *GOBERNADORES DEL ROCÍO*

Pero volvamos a Jacques Roumain y su novela *Gouverneurs de la rosée* (gobernadores del rocío). El relato comienza con una escena aterradora: «–Todos vamos a morir...– y hunde su mano en el polvo: la vieja Delira Déliverance dice: nos moriremos todos: los animales, las plantas, los cristianos, ay, Jesús, María, Virgen Santa; y el polvo que el viento abate con aliento seco sobre el campo devastado de mijo, sobre la alta barrera de cactus roída de cardenillo, sobre los árboles, esos cujíes herrumbrosos.»

El libro cuenta la historia de Manuel, un joven campesino que regresa a su empobrecida aldea de Fonds Rouge, tras 15 años de cortar caña en los ingenios de Cuba. Al llegar advierte el desesperante estado en que se encuentra el país. «La vida se ha secado en Fonds Rouge, escribe Roumain: uno sólo necesita escuchar el silencio para oír la muerte». Es un retrato de la vida rural de Haití. Una historia con final trágico en el que se unen la devastación ambiental, la devastación fraticida y el caos general, sólo matizadas por el amor que siente Manuel por Annaïse.

Gobernadores del rocío es una obra que ha sido clasificada en numerosas ocasiones como política. Nada extraño en principio, teniendo en cuenta que su autor fue el fundador del partido comunista de Haití en los años 30, y por esta razón encarcelado y torturado bajo la presidencia del Louis Borno (1922–1930). En la

novela existe un trasfondo político, una carga ideológica del autor producto de su compromiso, de su formación y de una época en la que el comunismo parecía la única alternativa valida al capitalismo. Roumain provenía de un medio social privilegiado pero su opción fue a favor de los marginados. René Depestre le recordaba en una entrevista diciendo que «era un mulato, una persona de gran cultura con posibilidades de enriquecerse y desarrollar una carrera política. Pertenecía a una gran familia acomodada. Sin embargo tomó el camino de la izquierda, incluso de la extrema izquierda y fundó el partido comunista. Era la voz que había que seguir».

Gobernadores del rocío evidencia una percepción del mundo dividida en categorías antagonistas: de una parte los explotados, de otra los explotadores, los capitalistas y los proletarios. La obra es producto de una visión marxista de la realidad, pero esa no puede ser su única lectura: también aparece una visión de lo humano como algo plural, diverso y rico, es decir: universal. De ahí su valor y su vigencia. Si bien los hechos históricos concretos que describe la novela han cambiado, se puede asegurar que el fondo del problema se ha agravado de manera dramática.

La novela se inscribe en un contexto económico y político muy particular: el de Haití en la década de los 40, cuando se vivió una crisis económica sin precedentes provocada por la gestión de la política agrícola del presidente Elie Lescot (1941-1946). Para apoyar el esfuerzo de la industria de guerra norteamericana, Haití fue declarado zona estratégica y en 1941 se concedió una licencia de explotación a la compañía norteamericana *Sociedad Haitiano-Americana de Desarrollo Agrícola (SHADA)*, para la introducción de cultivos de sisal y caucho destinados a cubrir las necesidades del ejercito americano. Todo ello en detrimento de la producción tradicional que se hundió al explotar la SHADA su concesión en régimen de monopolio. Resultado: la expropiación y expulsión de los campesinos de sus tierras; la transformación de ricas zonas de cultivo en extensos campos de monocultivo y a la postre, una catástrofe ecológica sin precedentes que afectó casi al 22% de la superficie de tierra cultivable del país. Las consecuencias económicas y sociales de esa decisión no tardaron en llegar. La agricultura, base económica del país, colapsó. Consecuencias:

penuria alimentaria, pérdida de una forma de vida tradicional, emigración masiva a las ciudades, aumento de precios y recrudecimiento de las tensiones sociales.

Manuel, el protagonista de *Gobernadores del rocío* es el hombre que tras su retorno de Cuba no deja de aconsejar a unos compañeros divididos, la paz y la reconciliación. Se impone como objetivo encontrar agua (un ambicioso proyecto con connotaciones políticas, sociales y económicas), y organizar una gran concentración de campesinos para llevarlos hasta el llano con el fin de que «un aliento fresco disperse el olor maligno del rencor y el odio, y que la comunidad fraternal renazca con las plantas nuevas de campos cargados de frutos, de especias, una tierra que beba a tragos una vida simple y fecunda».

«La poderosa condena de Roumain a la marginalización de la vasta mayoría de la población de Haití se refleja en la realidad de hoy», asegura Robert Falton Jr., profesor de la Universidad de Virginia y autor de «Haiti's Predatory Republic: The Unending Transition to Democracy» («La república rapaz de Haití: La transición inconclusa hacia la democracia»). «Las grandes diferencias entre clases y razas continúa envenenando al país. El campesinado sigue afrontando una existencia desdichada, mientras aumenta la pobreza urbana. «El análisis de Roumain de los problemas de Haití y su visión de una nueva sociedad continúa siendo la inspiración de aquellos que buscan un país más democrático e igualitario, concluye.

Pero como dijo Jacques Stephen Alexis: «*Gobernadores del* rocío es mucho más. Es quizás (...) única en la literatura mundial, porque es sin reservas el libro del amor»

EL CASO DE JACQUES STEPHERN ALEXIS

Jacques Stephen Alexis nació en 1922 en la localidad de Gonaïves. Era descendiente de Jean-Jacques Dessalines, luchador por la independencia y padre de la patria. Creció rodeado de un ambiente intelectual que influyó decisivamente en su formación. En 1940 se inscribió en la facultad de medicina de Puerto Príncipe, y con tan sólo 18 años publicó un ensayo sobre el poeta haitiano Hamil-

ton Garoute. Su militancia política se forjó en su época de estudiante, cuando participó activamente en las organizaciones que luchaban contra la dictadura de Elie Lescot. Colaboró con distintas revistas literarias y más tarde fundó *La Ruche*, (La Ronda) junto a René Depestre. El objetivo de la revista fue «propiciar la llegada de una primavera literaria y social a Haiti». En ella publicó sus famosas *Cartas a los ancianos*, que convulsionaron profundamente el estado de ánimo general hasta la caída de Lescot, tras la revolución de 1946.

Jacques Stephen Alexis y René Depestre, líderes estudiantiles de esta revolución tuvieron que salir más adelante del país. Pero en aquella época no se consideraban a sí mismos marxistas ni comunistas, sino simples demócratas un tanto radicales y libertarios que querían justicia, un estado, una sociedad civil, prensa libre, sindicatos... Alexis se instaló en Francia donde continuó con sus estudios de medicina. En 1956 leyó en La Sorbona en el primer congreso de escritores y artistas negros, una conferencia titulada: *El realismo mágico de los haitianos*. En 1955, ya de vuelta en Haití, publicó en el mismo año *Compère General Soleil* (Compadre general sol), su gran novela que le reveló como un gran poeta y escritor. Alexis murió joven y por tanto su producción literaria no es muy extensa. *Les arbres musiciens* (Los árboles músicos) de 1957, *L'espace d'un cillement* (El espacio de un clemente) de 1959 y una colección de cuentos titulados *Romancero aux étoiles* (Romancero de las estrellas), de 1960 completan su obra.

Además de escritor era un hombre acción política directa. En 1961, Jacques Stephen Alexis, fundador y líder del Partido de la Entente Popular, entró en Haití desde Cuba para organizar la lucha contra *Papa Doc*, el temible François Duvalier. Una emboscada acabó con su aventura. Fue capturado, torturado y desaparecido. Las circunstancias de su muerte a los 39 años nunca se aclararon.

En sus tres novelas, Jacques Stephen Alexis radiografió tres regímenes presidenciales distintos en Haití. Una visión profunda de la historia del país a lo largo de 20 años, de 1930 a 1950. Cada una de las novelas describe las dificultades del pueblo para sobrevivir: golpeados incesantemente por calamidades como el hambre, los desastres naturales, actos criminales y, finalmente, por la

corrupción y la indiferencia de una sucesión de gobiernos como fueron los de Stenio Vincent (1930-1941), Elie Lescot (1941-1946) y Dumarsais Estimé (1946-1950).

Hay elementos paralelos en su obra: de entrada, el amor de una pareja de origen popular. En *Compère General Soleil*, (Compadre general sol), Hilarion Hilarius, antiguo *restavek* (palabra criolla deformación del francés *reste avec*, quedarse con, y que hace referencia a los niños de familias pobres cedidos a familias acomodadas para formar parte de su servidumbre), se enamora de Claire-Heureuse, que compartió su mismo destino de infancia. Juntos afrontan las dificultades de la vida cotidiana, lo cual forma parte de la trama principal del libro. Hilarion Hilarius robaba para comer. La policía le atrapa y le da una paliza. Le meten en la cárcel donde conoce a un militante comunista del que aprende que los americanos privan a los negros de todas las cosas buenas de la tierra. Cuando sale de prisión, Hilarion es comunista. Se casa con su enamorada Claire-Heurreuse a la que conoció en la playa y juntos tienen un hijo. Hilarion por primera vez en su vida conoce la felicidad. Pero no por mucho tiempo. Asesinos fascistas le matan y muere a pleno sol.

Por su parte la acción de *Les arbres musicien* (Los árboles músicos) se desarrolla en 1941 desde la llegada al poder del Elie Lescot, hasta pascua de 1942. En la novela Alexis evoca las maniobras de la SHADA (Sociedad Hatiano-Americana para el Desarrollo Agrícola) para expropiar las tierras de los campesinos con el fin de plantar la *cryptostegia grandiflora*, caucho, para el ejército americano. En el mismo momento, como por casualidad, Roma, el Vaticano, inicia una campaña anti superstición para acabar con las creencias populares, es decir: el vudú.

En *L'espace d'un cillement* (El espacio de un clemente), ambientada en 1948 bajo el régimen de Dumarsais Estimé, Alexis coloca el personaje del presidente en un segundo plano. Son los obreros los que protestan y hablan. Hablan de un presidente que no hace gran cosa por resolver sus problemas: el paro y la miseria del pueblo. El prohombre de estado tan sólo pone sus esperanzas en una exposición universal que espera sea un revulsivo para el renacer del interés de los inversores y de los turistas por Haití. Algo que, por supuesto, nunca se produce.

La indiferencia del gobierno frente a la miseria y el sufrimiento del pueblo, son temas constantes en la obra de Alexis. Las ambiciones de esos notables cambiantes con cada gobierno de turno, atraviesan y anulan las aspiraciones de un pueblo que, no importa bajo qué régimen, nunca obtiene nada. Sin embargo, sus novelas terminan con el fulgor de una esperanza. Herido de muerte, Hilarion propone a Claire-Heureuse en «Compadre general Sol», el deber de continuar la lucha:

«A partir de ahora deberás continuar sola, sigue tu camino sin volver la vista atrás. Debes crear otro Hilarion, otro Desiré (su hijo muerto durante la huida), tú sola puedes crearlos... Ve hacia otras mañanas de amor, hacia otros días de la Saint-Jean, hacia una vida vuelta a empezar...»

LOS SUEÑOS DE RENÉ DEPESTRE

Para el autor de *Hadriana dans tous mes rèves* (Adriana de todos mis sueños), René Depestre la historia de su país ha estado marcada por los militares que lo han dirigido: «sátrapas sin fe ni ley que no tenían ideas, ninguna concepción del estado, ningún sentido de la ciudadanía o de la república. Según él estos militares no retuvieron nada, ninguno de los valores de la Revolución Francesa. No eran capaces de sostener un discurso político sobre la experiencia de 1804. Todo aquello se transformó en ideas absolutamente huecas y pretenciosas, articuladas con las armas en la mano, aterrorizando al pueblo durante toda su historia».

En René Depestre se da una convivencia del realismo mágico heredado de Alejo Carpentier, y Jacques Stephen Alexis, con el concepto de la negritud representada en su vertiente estética, *lo negro es bello*, por Aimé Cesaire y Leopold Sedar Senghor. Intenta reunir en un solo golpe de efecto lo que él llama las funciones del imaginario, la función de lo mágico y la función de la revolución racial que cristalizó en la negritud. Pero al tiempo conviven en sus obras otros conceptos, algunos muy particulares e inventados por él mismo entre los que destaca el llamado *erotismo solar*. Esta idea deriva de la influencia ejercida por el surrealismo en su formación y en su obra. René Depestre asegura concederle «una

gran importancia al amor, al acto del amor, no sólo a la idea platónica, sino a la fiesta que representa todo encuentro entre un hombre y una mujer». Un buen ejemplo de ello es su libro de relatos *Éros dans un train chinois* (Eros en un tren chino, publicado en 2002 en España por la editorial Barataria). En él se recogen nueve historias de amor en las que el erotismo, la celebración de la carne y del acto sexual se convierten en tema central. De hecho, al final del libro un glosario de términos que designan los sexos masculino y femenino, y un «catálogo de algunos lugares comunes en torno a las aventuras extraordinarias de los órganos sexuales», aclara palabras que salpican las historias y que manifiestan la imaginación delirante y *flamboyant* (resplandeciente) de su autor. Depestre insiste en buscar un estilo que él llama sinérgico, es decir: que reúna las distintas tendencias que le han influido y que convivieron en el panorama literario haitiano, con la conciencia y el compromiso político.

Expulsado de cuatro países distintos a ambos lados del extinto telón de acero, René Depestre se comprometió durante 20 años con la revolución cubana hasta desembocar en una profunda decepción por los no logros en la isla. Esa relación terminó con una ruptura en toda regla con el régimen de Castro en 1978. Considerado durante la guerra fría como «agitador internacional», este subversivo siempre se ha considerado a sí mismo heredero de la tradición literaria de su país y de Jacques Roumain en particular. Con él estableció una relación personal siendo muy joven que le permitió acceder, por ejemplo, a su biblioteca, la primera en condiciones que veía en toda su vida, según sus propias palabras. Roumain ejerció una influencia decisiva en su formación de escritor. Según él, Roumain fue un haitiano excepcional. Tenía un gran rigor sobre sí mismo, una gran sensibilidad, una ternura y una especie de bondad natural que emanaba de toda su persona.

Si bien Depestre explora en sus libros de poemas el inconsciente surrealista, como en *Diario de una animal marino* (1964), *Un arco iris para el Occidente cristiano* (1966), su intención es claramente militante: *Cantata a Octubre* publicada en 1968, antes de la gran decepción castrista, está dedicada a la muerte de Che Guevara. René Depestre escribió ensayos que son claros exponentes del tema de la negritud *Buenos días y adiós a la negritud*, seguido

de *Trabajos de identidad* (1989) y *Antología Personal* (1993) por la que recibió el premio Apollinaire de poesía.

La opresión bajo sus formas más diversas ha sido uno de los temas centrales la literatura haitiana producida tanto dentro como fuera del país. Por su parte, la nueva generación de autores haitianos, dispersada un poco por todo el mundo, principalmente, América y Europa, contribuye a agrandar y enriquecer la definición de la literatura de Haití. Muchos de ellos escriben en francés o inglés y se puede decir que su abanico temático es bastante amplio, si bien, como sucede con los de la generación anterior, están marcados por un hecho esencial que refleja una realidad haitiana asediada por fuerzas múltiples e inmutables ©